

Entre la prehistoria y el futuro



LA MUJER AFRICANA HOY

LA muchacha estaba completamente desnuda y no sabía una sola palabra de francés; era una «bateké» del Nyari, en el Congo Medio, y trabajaba con un grupo de hombres llevando a la orilla cestos de raíces de mandioca.

Estábamos filmando su trabajo cuando, en nuestra barca, anclada a alguna distancia, un marlinero puso la radio y, en el silencio, se propagó como un trueno el clamor de una canción «beat».

La muchacha se puso a reír y, como si alguien la hubiese invitado a salir a la pista, empezó a mover las piernas rítmicamente; uno de nosotros comenzó a bailar, y la pequeña indígena, perdiendo toda su timidez, emprendió una danza desencadenada digna de una chica ye-yé del «Pipper's». Ahora, al pensar en lo absurdo de aquella escena, lo que me sorprende no es la similitud entre los bailes ye-yés y la danza que ejecutó la muchacha indígena, sino la velocidad de aquella transformación de mujer «primitiva» en muchacha «in», por lo menos en lo que respecta al baile.

Es precisamente esta posibilidad

de veloz metamorfosis el carácter más evidente de la mujer negra africana de nuestro tiempo.

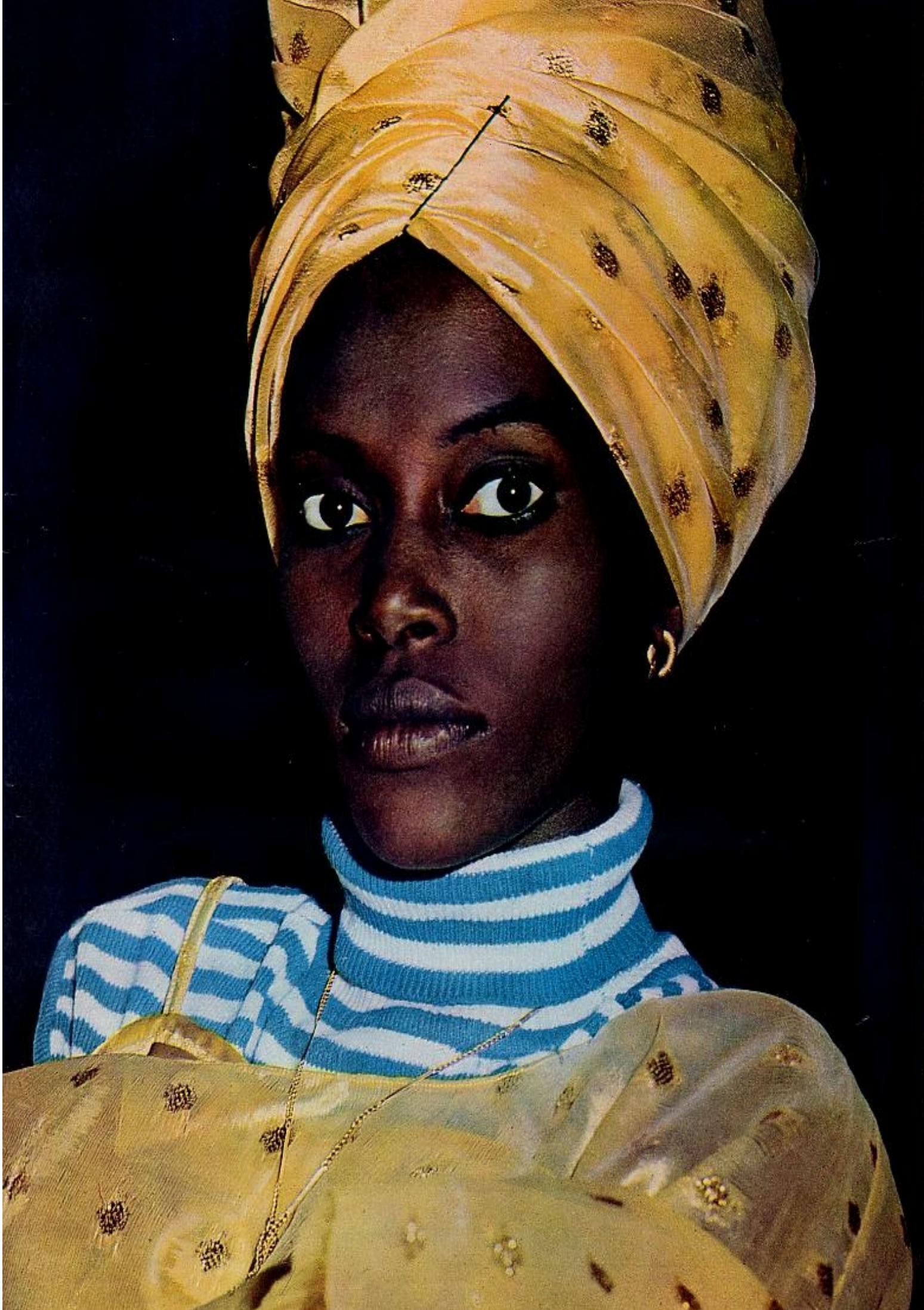
Otra experiencia parecida la tuve en Dakar durante el Festival Mundial de las Artes Negras. Las muchachas se exhibían en los escenarios de la ciudad ejecutando números de danza tradicional (de carácter sagrado), vestidas con sus trajes tribales típicos, como elementos de grupos étnicos «auténticos» llegados de las zonas más «salvajes» del Africa Negra; una vez terminados los espectáculos, las mismas muchachas se presentaban en los restaurantes y locales nocturnos de la capital senegalesa vestidas a la última moda francesa o italiana.

UNA "MISS" NEGRA

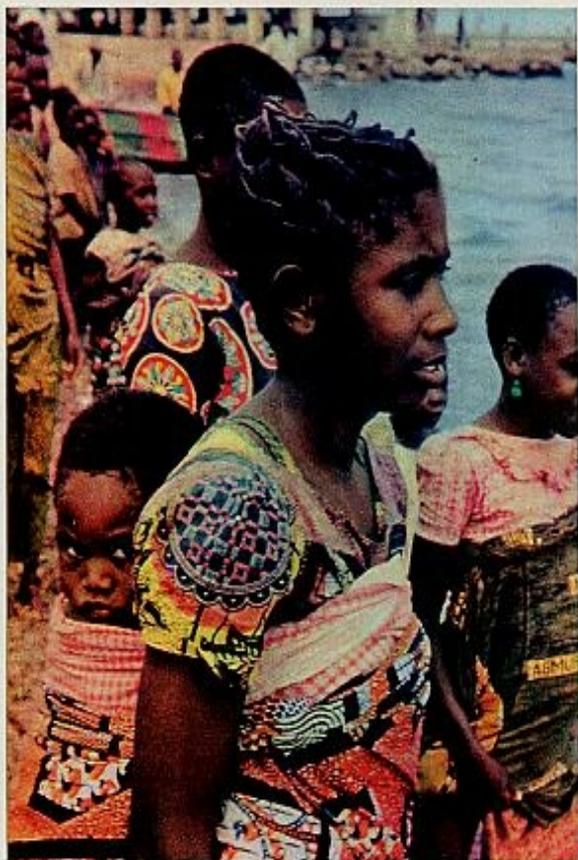
Aquí también el contraste era tan evidente y la metamorfosis tan rápida que nunca nos cansábamos de hablar de ello. Les contaré otro episodio al respecto. En Fort-Lamy, capital de la República del Tchad, filmé hace un año una gran fiesta en un local nocturno para la elec-

ción de «Miss Tchad». Unos años antes había estado ya en Fort-Lamy: era un pequeño municipio del interior del país cuya vida giraba en torno al gran mercado y al aeropuerto internacional; en mi segunda visita encontré Fort-Lamy convertido en modernísima capital, y aquella fiesta para la elección de «Miss Tchad» indicaba claramente lo rápido de la metamorfosis de la que quería ocuparme. La misma tarde en que llegamos nos dirigimos al «Olimpus», local abierto en que se celebraba la fiesta. Una de las muchachas nos pareció más interesante que las demás, y cuando nos pusimos a filmar su desfile ante el jurado ella nos sonrió. Llevaba un curioso vestido color esmeralda de estilo francés que luego cambió por un bañador de dos piezas: Llevaba el pelo corto, bien peinado; su maquillaje era agradable y no tan espeso como el de las demás concursantas; cuando la muchacha terminó su actuación y volvió a aparecer en público, se dirigió hacia nosotros y me dijo: «¿Te acuerdas de mí? Hace algunos años hice de actriz para ti en la orilla del Chad». Efectivamente, hacía algunos años

había filmado unas cuantas escenas junto al Chad; había visto a los pescadores «kotoko» con sus grandes redes recoger los peces del lago; recordaba haber filmado igualmente a las muchachas del pueblo. Eran las mujeres y las hijas de los pescadores, que recogían en la orilla los peces recién capturados, los abrían por la mitad y los dejaban secar al sol tropical. Aquella muchacha que teníamos ahora delante, cuatro años antes no era más que una «pequeña salvaje» seminudada que habíamos fotografiado en una zona perdida del Tchad. Y ahora se nos presentaba como una elegante ciudadana de Fort-Lamy, maquillada y bien vestida. Nos contó que con el poco dinero que les dimos por su participación en nuestro documental, ella y otras muchachas del pueblo «kotoko» decidieron irse a la ciudad para ver cómo se vivía allí; una de ellas había ido a la escuela, otra había seguido un curso de corte y confección, una tercera era niñera de los hijos de un ministro, y nuestra interlocutora había aprendido a escribir a máquina, había empezado trabajando en una oficina y ahora



LA MUJER AFRICANA



era empleada de una agencia de turismo.

Episodios como éste, que pueden parecer particulares y limitados a ciertas ocasiones, son, sin embargo, típicos del momento particular que vive hoy la mujer africana en las zonas menos desarrolladas del continente. Sin embargo, se trata de una evolución aún muy superficial, más aparente que concreta, más exterior que real. Los mayores problemas de fondo de la mujer negra (su instrucción, su liberación de una serie de leyes feudales e inhumanas que la ligan primero a los padres y luego al marido, su posición en la sociedad y en la vida política, la abolición de formas tradicionales de poligamia y esclavitud) han de ser todavía resueltos antes de que pueda decirse que también para la mujer africana ha llegado el momento de la completa equiparación y la conquista de plenos derechos.

No sólo quien ama Africa y a los africanos en un plano puramente humano, sino también quien ve este enorme crisol de trescientos millones de habitantes desde el punto de vista analítico del científico, del etnógrafo, del sociólogo o el político, comprende que la condición de la mujer podrá convertirse en un elemento de desorden y de anarquía si no se trata desde ahora de modificar y mejorar este estado de sujeción, este «colonialismo» humano en un país que desea descolonizarse totalmente.

LA MUJER MERCANCIA

En mis diversos periplos africanos, el problema de la mujer ha sido, a menudo, argumento de conversación con los diferentes personajes que he conocido: ministros, etnólogos, jefes de Estado, misioneros, gente simple del interior del país o estudiantes universitarios de las ciudades; todos, sin excepción, me brindaron sus puntos de vista, en extremo interesantes, permitiéndome documentarme sobre aspectos del problema poco conocidos, por no decir ignorados.

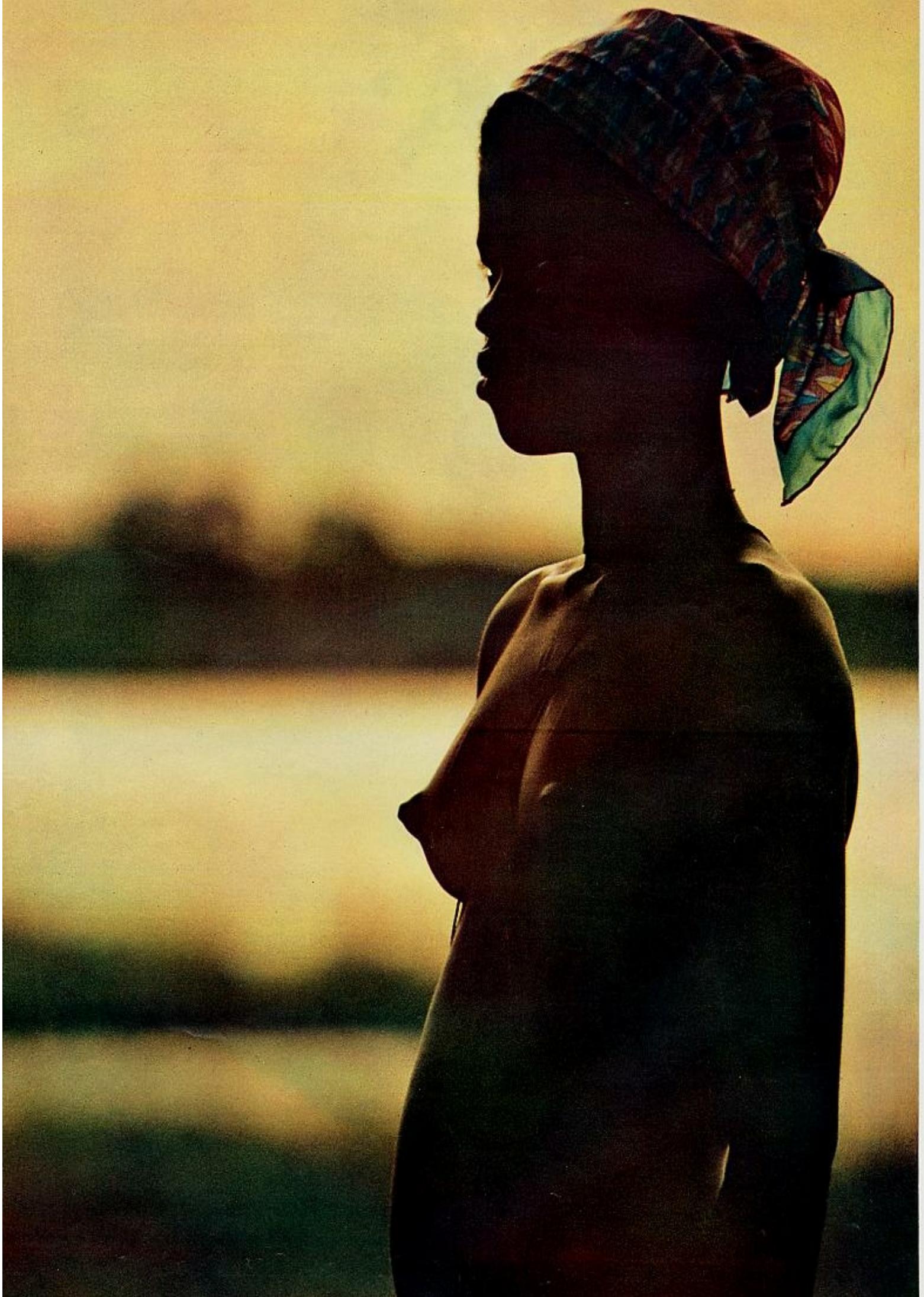
Entre otros, un problema de fondo de la mujer africana de hoy es el de la «dote de adquisición». En efecto, todavía hoy las esposas se adquieren en auténticos mercados de «primera» o «segunda mano», con pagos «al contado» o «a plazos» o «en especie».

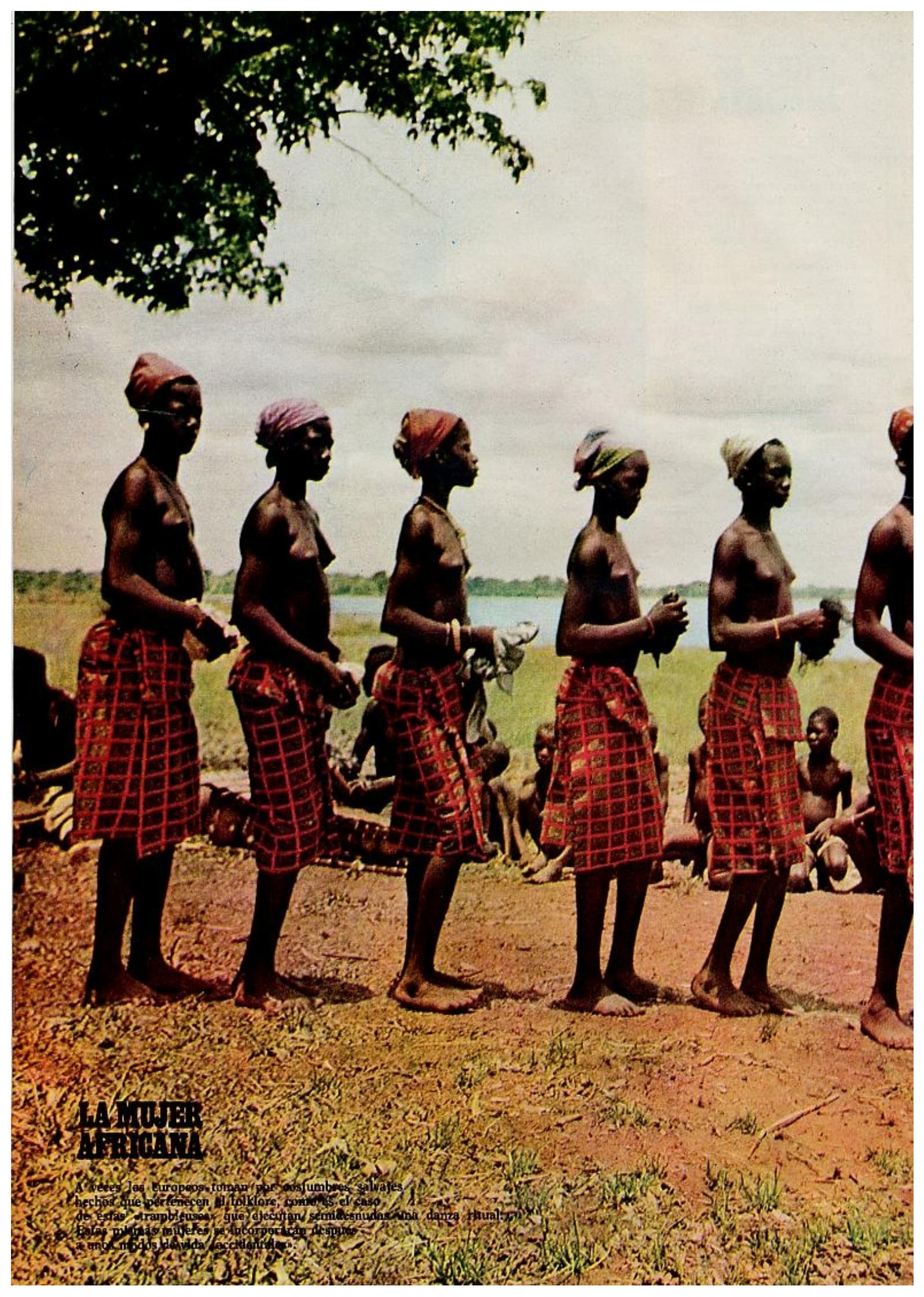
En Africa Ecuatorial he recogido noticias y documentos fotográficos de mujeres vendidas en las zonas del interior (pero también en la ciudad) a cambio de sal, a cambio de caballos y, a veces, hasta de botellas. En estos países (Nigeria, Mali, Tchad, Camerún, Alto Volta) el fenómeno se presenta en toda su gravedad, porque allí la mujer ya no está vista como «animal de carga», sino pura y simplemente como «objeto».

En determinadas zonas del Tchad las mujeres se venden a cambio de sal; en el Norte del Camerún,

La condición de la mujer africana —declaraba el escritor nigeriano C. Equeenzwi— es de una esclavitud resignada.

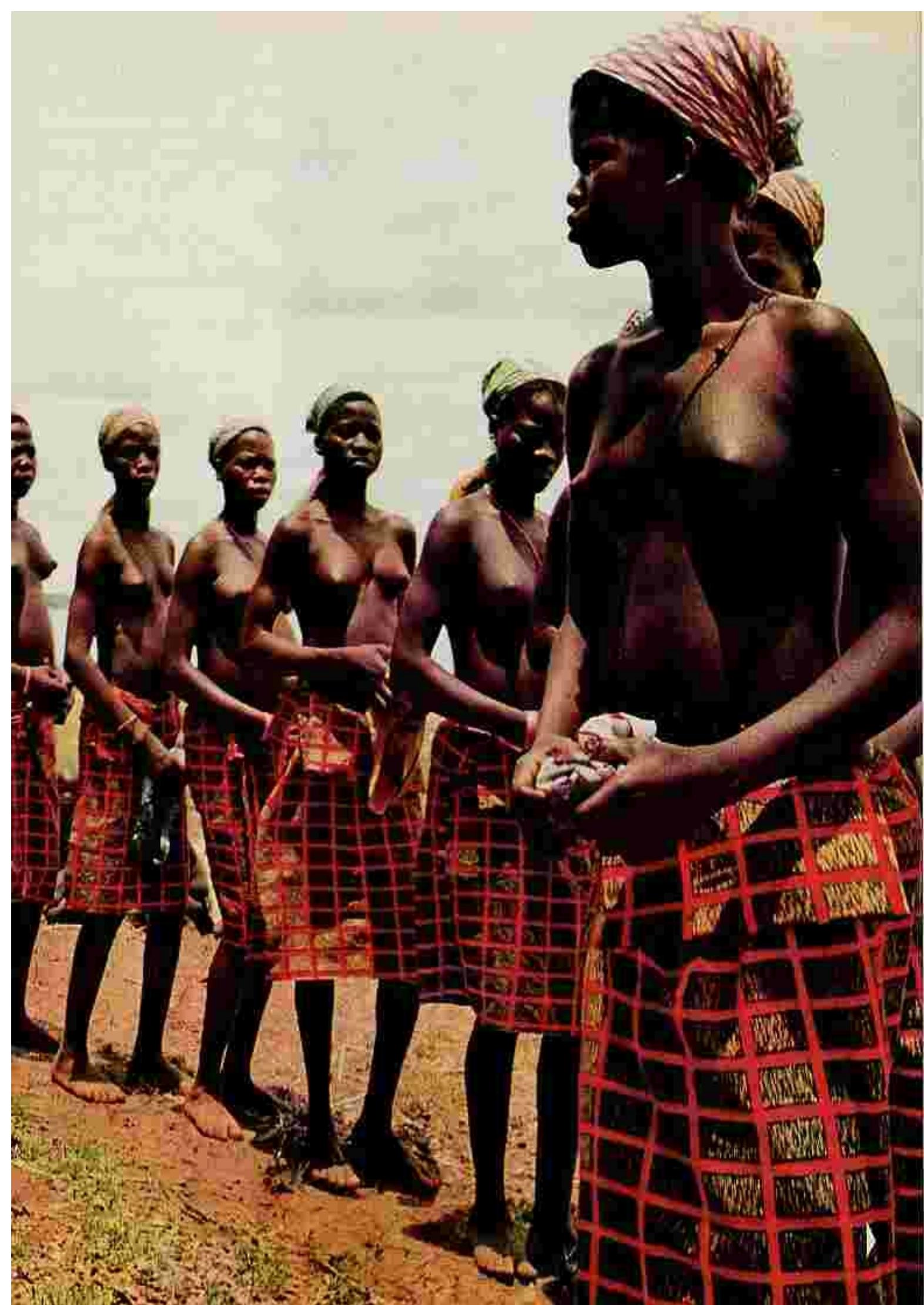
Los fenómenos de revuelta contra este estado de cosas son tan excepcionales que el resto de la población tiende a considerarlos anormales y casi antisociales.





LA MUJER AFRICANA

A veces los europeos toman por costumbres salvajes hechos que pertenecen al folclore, como es el caso de estas «trambiqueas» que ejecutan, semidesnudas, una danza ritual. En las mismas mujeres se incorporan de pronto a unos modos de vida «accidentales».



LA MUJER AFRICANA



a cambio de caballos: en ambos casos vemos que se trata de formas de compra-venta no accidental, sino organizada en forma de comercio, con sus reglas, su tradición y su precios.

Cuarenta trozos grandes de «natron» (sal del lago Tchad), abonables hasta en el curso de cuatro estaciones, son un buen precio para una muchacha «sara» o «bananas» en venta a lo largo del Chary; dos caballos árabes de raza son un capital que permite en el Norte del Camerún la adquisición «al contado» de una mujer joven digna del más exigente. Hablo de estos dos fenómenos porque he podido documentarme con exactitud al respecto; pero, ¿quién sabe cuántas formas análogas existen en este mercado humano?

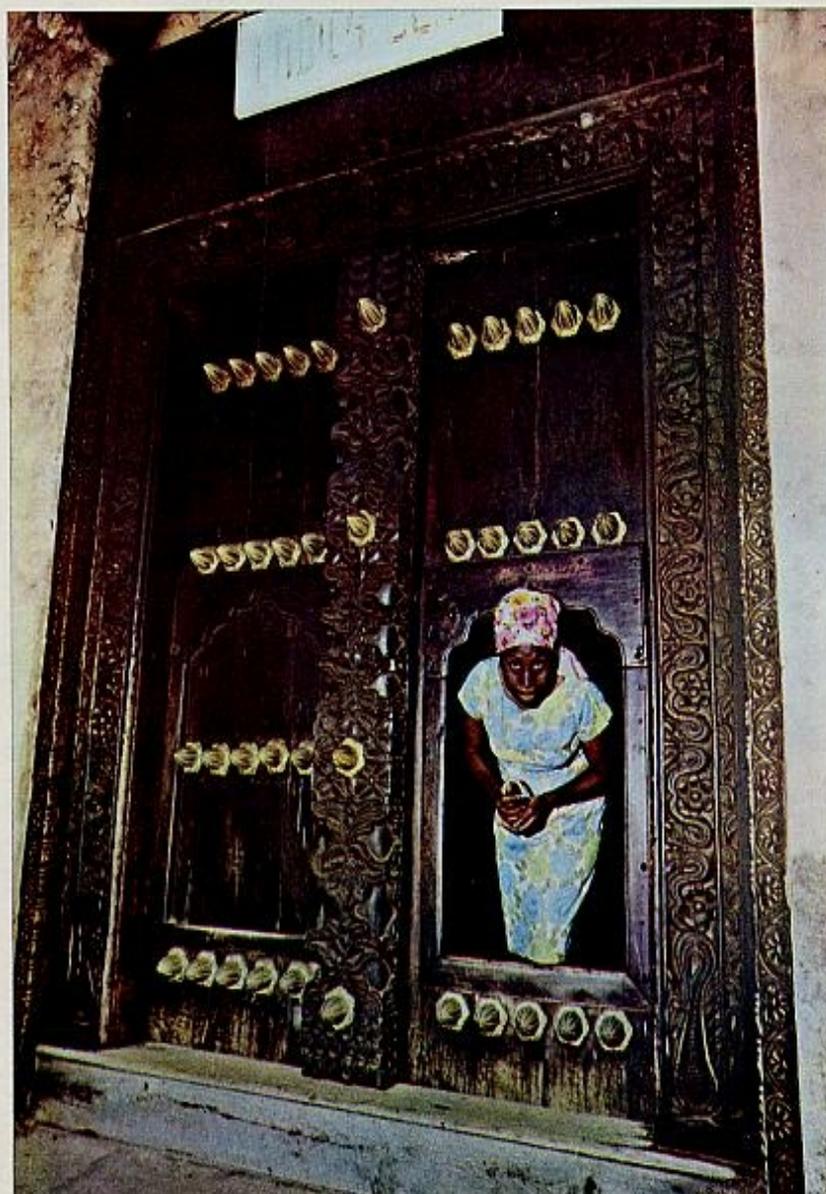
«La condición de la mujer africana —me dijo en cierta ocasión el escritor nigeriano Cyprian Equeozwi— es de una esclavitud resignada con respecto a los hombres. Los fenómenos de revuelta contra este estado de cosas son tan excepcionales que el resto de la población tiende a considerarlos anormales y casi antisociales».

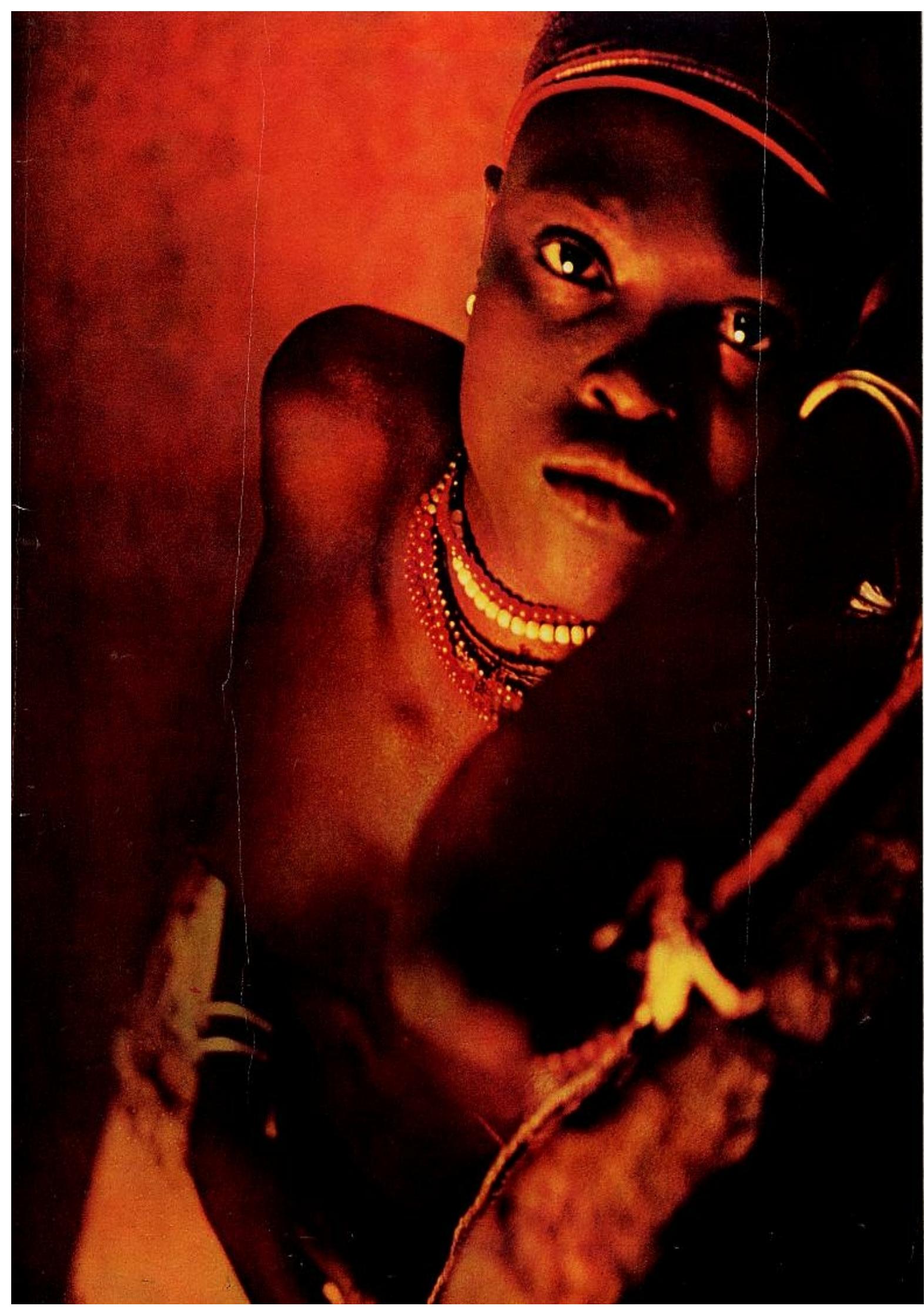
«Cada vez que llegamos a las zonas interiores del país, donde tenemos instalados campos de prospección, nos ofrecen mujeres indígenas —nos dice Alberto R., un italiano que trabaja para una sociedad petrolífera en la desembocadura del Níger—. A los pocos días de nuestra llegada se nos acercan individuos que nos proponen la adquisición de una muchacha con la cual compartir meses de soledad. Y digo "adquisición" utilizando la palabra en su sentido más literal: quien nos ofrece esa "mercancía" precisa que seremos dueños absolutos de la muchacha, de la que podremos hacer el uso que queramos hasta nuestra partida. El vendedor hace de ese modo un doble negocio: primero se embolsa su dinero y luego, tan pronto como el petrolero le devuelve la mujer al abandonar el país, el "capital" restituido aumenta de valor. Al haber pasado cierto tiempo con un europeo, se espera de la indígena que haya aprendido modos y costumbres más refinados». «Es verdad; yo mismo he intervenido contra este comercio —dice el padre B. H., africano del Alto Volta que no conoce argumentos tabú en su obra misionera—. Muchas veces, los negreros son los propios padres de las muchachas».

POLIGAMIA Y HAREN

Ni siquiera en los ambientes tradicionales cambia la condición de la mujer, como nos dimos cuenta subiendo las montañas del Kapsiki, en el Norte del Camerún. Aislados en aquellas montañas viven los «kirdi» su existencia primitiva.

Arriba, mujeres congolesas. Junto a estas líneas, una joven africana sale del «Ladies Club», círculo femenino de Zanzibar, y en la página de la derecha, muchacha «kirdi» fotografiada en su cabaña, perteneciente a un poblado situado entre las montañas del Macizo Central del Camerún.

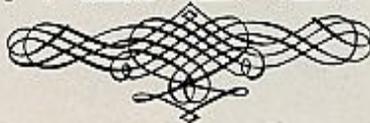






CARTA NEVADA ...presencia dorada

**"BOUQUET"
FREIXENET**



LA MUJER AFRICANA

En Oudjál (pequeño centro de cabañas a mil metros de altura, entre rocas y valles desiertos) nuestro guía nos presenta al más importante jefe «kirdi». Su casa es como un pequeño castillo medieval con sus torres, que no son sino «silos» repletos de trigo, con una sola abertura que hace a la vez de ventana y de puerta. En el oscuro interior de los silos vemos ojos que nos miran fijamente: son ojos de muchachas, atemorizadas y, al mismo tiempo, curiosas. En cada «silo» vive una de ellas y todas son esposas del jefe. Y como esposas tienen la obligación de guardar y administrar cada una un «silo». Para mejor cumplir sus funciones, las mujeres viven dentro de los propios «silos», tienen una estera en la que dormir y un pequeño horno de piedra.

El «saré» es, al mismo tiempo, un gran harén y un abundante granero. El trigo es distribuido por el jefe a toda la población. Y con las mujeres ocurre lo mismo. Consideradas como bienes o frutos de la naturaleza (y, como tales, propiedad exclusiva del jefe del poblado), éste tiene derecho a disponer de ellas y es él quien tiene que decidir cómo y cuándo «redistribuir» a sus súbditos.

La poligamia y el concubinato no constituyen un problema únicamente para el África «negra», sino que también lo son para el África que llamamos «blanca»: como ejemplo, tenemos a las concubinas de los «tuaregs». Estos nobles y feroces nómadas del desierto (en vía de extinción) son estrictamente monógamos. Tienen una sola mujer, de su misma raza y tribu, alta, de tez morena no muy oscura, noble en su comportamiento, en su modo de vestir, en sus costumbres; una mujer fiel que les sigue con la tienda en sus desplazamientos de pasto en pasto.

Sin embargo, el «tuareg» no vive sólo en el desierto; actualmente, para vender sus productos y comerciar ha de trasladarse a menudo a la ciudad. En nuestros periplos nos hemos encontrado «tuaregs» en Fort-Lamy, en Kano, en Zinder, en Agades, en Niamey, y hemos observado, con sorpresa, que sus mujeres no los acompañaban a la ciudad. Posteriormente, descubrimos que los «tuaregs» tienen en la ciudad mujeres singulares que los esperan en pequeñas casas de mampostería, en la periferia de los barrios más poblados. Hemos conseguido fotografiar a una (empresa afortunada, ya que estas mujeres no quieren dar a conocer a nadie su particular y monstruoso aspecto físico). Son increíblemente gordas, hasta el punto que parecen enfermas, afectadas por una misteriosa dolencia por mal funcionamiento glandular, y nada de esto es verdad. Están gordas porque así es como las quieren los «tuaregs», y para no adelgazar se alimentan de mandioca, patatas y harina y no dan un solo



Una de las características de la mujer africana es precisamente su capacidad de evolución.

Si la condición de la mujer sigue en el estado de colonialismo actual, podrá convertirse en un factor de desorden.

paso fuera de la habitación: quieren que sus amos, que las cubren de regalos, de dinero y de atenciones (sólo ellos saben hacerlo), estén satisfechos de ellas.

Un amigo de Zinder me dijo una vez: «La esposa «tuareg» es la «mujer de la tienda»; la concubina, por el contrario, es una ciudadana. En esta doble relación con mujeres tan diferentes entre sí, el «tuareg» trata inconscientemente de librarse, en cierto modo, de su tradicional condición: condenado a un eterno nomadismo, deseoso, hoy, de llegar a ser habitante de una ciudad».

PREHISTORIA Y FUTURO

Como me dijo en Dakar un amigo africano, hombre al que no le preocupa, en absoluto, el lado moral del asunto: «No podrán las leyes, las prohibiciones o las condenas acabar con la poligamia. Será más bien el progreso técnico de la sociedad africana. La poligamia está decayendo en las zonas en que

ya se venden tractores a plazos. La poligamia desaparece en estas zonas porque el marido se da cuenta de que un solo tractor consume menos y trabaja mucho más que veinte mujeres juntas por muy jóvenes que éstas sean».

Así pues, entre prehistoria y futuro, la mujer negra africana se asoma a la escena de la historia contemporánea.

En el fondo, la «descolonización» de la mujer europea no es tan reciente, ni tampoco puede decirse que se trate de un hecho totalmente consumado; tabús sociales y sexuales, dependencias económicas, frustraciones, etcétera, son aún elementos que en muchas partes del mundo occidental condicionan la vida de la mujer, ya sea soltera o casada. No hay, por tanto, que sorprenderse de que la mujer centroafricana tropiece con toda una serie de problemas a la hora de la emancipación.

Así es cómo entre las mecanógrafas de Dakar y Abidjan, las fotomodelos que trabajan en Lagos o

en Londres, la azafata de Air Afrique o la mujer de un ministro o un novelista y la prisionera de los «silos» de los «kirdi» o la concubina de los «tuaregs» o la «pigmea» del Congo, la diferencia, la desigualdad, parece vertiginosa. Pero valga el parangón: entre Ira de Fürstenberg y una campesina de Nuoro o una pastorcilla del Val Brembana; entre Irene Brin y una «mujer de su casa» de Sciacca o de Tolmezzo, la diferencia, al menos superficialmente, no es más pequeña. Se trata, en ambos casos, de ver si bajo las diversas «cortezas» la sustancia humana está ya fermentando, dispuesta a conquistar el futuro; y a conquistarlo no sólo en sus formas externas, sino en las más secretas y auténticas.

Y este «valor con que mira al futuro» es, para mí, el bien más precioso con que cuenta la mujer africana; creo, incluso, que la africana posee más valor, en este sentido, que la europea, la asiática y la americana. ■ Reportaje: FOLCO QUILICI-FLASH PRESS.